

AL PROGRESO DE LA HUMANIDAD

LIBERTAD – IGUALDAD – FRATERNIDAD

V.: M.: QQ.: HHas.: y HHos.: en vuestros Grados y Cualidades

Mi infancia

¿Habéis probado alguna vez en vuestra vida plantar un árbol? Dicen que es una de las actividades que todo ser humano debería realizar en su vida para poderla considerar como plena, junto con el hecho de poder engendrar un hijo y escribir un libro. Es curioso observar como estas tres experiencias comparten un hilo conductor: las tres hacen referencia al inicio de procesos que siguen una evolución marcada por la naturaleza y en las que el ser humano es el centro de dicho proceso.

Efectivamente, cuando una persona se decide a plantar un árbol, una flor o una semilla de cualquier tipo de vegetal, está dibujando una estrella más en el, por otra parte, infinito firmamento. Puede parecer una pequeña contribución a la Naturaleza, sin embargo el bosque o el jardín serán ocupados con una nueva planta y, por lo tanto, con una nueva vida. El futuro de esta planta dependerá tanto de elementos que están al alcance de su cuidador como de la Naturaleza, es decir, del factor humano y de aspectos que escapan al control de éste. El árbol puede crecer enhiesto, recto, enderezado y con vigor, o bien puede torcerse, crecer enclenque y sin fuerza e incluso podría no llegar a tener la oportunidad de desarrollarse si las condiciones climáticas, principalmente la falta de agua y el viento, luchan contra él. También es crucial que el suelo donde la semilla fue plantada, sea fértil y reúna las condiciones propicias para el desarrollo de la vida. Además, cabe tener en consideración que la acción humana, por acción u omisión, de la misma manera que lleva a otorgar la vida a este vegetal, puede otorgarle la muerte incluso con fuego. Un buen ejemplo es lo que sucede en nuestro país de forma periódica.

A menudo se compara el proceso de plantación de una planta o árbol al ciclo de la vida humana, desde la fecundación pasando por el nacimiento y la infancia hasta llegar a la madurez, la vejez y, finalmente, la muerte. El ser humano llega a este mundo solo, despojado de todo, sin recordar nada en absoluto de sus anteriores experiencias, y se une al bosque humano, al que nos empeñamos todos en llamar civilización, aunque muchas veces nuestros comportamientos individuales o como colectivo, tengan poco de civilizado y de orden. Es por ello quizás, que necesitamos en algún momento de nuestra vida escribir un libro donde exponer nuestra visión del mundo que nos envuelve y que nuestros actos demuestran que estamos lejos de comprender. Fijaos, QQ.:HH.: que escribir un buen libro requiere seguir exactamente el mismo proceso que he descrito para definir el desarrollo del árbol y del ser humano. Uno tiene que empezar por reflexionar, por ver dónde está, por mirar qué es lo que necesita o quiere explicar, luego tiene que aprender a expresarlo y finalmente, entonces ya podrá poner negro sobre blanco.

QQ.·.HH.·. hoy hace poco más de un año profano empecé un camino que va a durar toda mi vida y que está lleno de incertidumbres: no sé de dónde vengo ni adónde voy, he partido sin más equipaje que mi propio ser y sé que ahora mismo yo sólo no puedo encontrar cuál es el camino a seguir. Sólo sé que al empezar este viaje, partí de la más profunda de las oscuridades y estaba asustado, muy asustado, porque no veía luz alguna que me permitiese ver dónde estaba, sólo sabía que no estaba solo, porque escuchaba voces, pero eran confusas. La mente humana es prodigiosa: es capaz de inventar una explicación elocuente a partir de los diferentes retazos inconexos que componen la realidad que nos envuelve. Si bien la mente es capaz de llevarnos a la explicación verdadera, en muchas ocasiones el miedo a lo desconocido, inherente a la condición humana, es capaz de inventar ficciones que no guardan relación alguna con la realidad y que sumen al individuo aún más, si cabe, en la oscuridad.

Sin embargo, esa oscuridad profunda, densa y silenciosa de la cámara de reflexión en la que me encontraba sumido al iniciar este camino, como semilla recién plantada en la tierra, solo, se vio interrumpida cuando fui conducido por unos HH.·. dentro del templo M.·. para empezar con mi iniciación. Poco sabía yo que después de una importante lección de humildad, de ver la insignificancia de la existencia humana cara a cara reflejada en un espejo y magnificada por el silencio de la cámara de reflexión, vendría la gran prueba: iniciar el ascenso por la cueva de Platón, emprender el camino iniciático. Porque del mismo modo que la planta germina y desea salir de la tierra en la que está enterrada hacia la superficie, el ser humano se abre paso entre el tumulto para encontrar respuestas, hambriento de conocimiento y sediento de sabiduría. Y yo estaba y estoy dispuesto a perseverar para caminar hacia la superficie.

De este modo empezó mi camino, a la edad de tres años, sin ningún haber a mis espaldas, sin saber dónde estaba pero con el convencimiento de que tenía que dar mis primeros pasos, perseverando cada día. Allí empezó mi infancia. ¿Recordáis vuestra infancia, QQ.·.HH.·.? Yo sí la recuerdo y más a menudo de lo que pensaba. Los recuerdos mi niñez me asaltan continuamente, con más frecuencia y nitidez que los más recientes. Creo que esto es debido a que es, precisamente, durante la infancia cuando muchas de las experiencias del ser humano quedan marcadas con mayor intensidad en su memoria. Todavía recuerdo mi primera visión del templo M.·. y de la enorme cantidad de dudas que me asaltaron al ver todos y cada uno de los símbolos de la L.·., como por ejemplo el por qué de la disposición de los HH.·. en el templo, el por qué del suelo con cuadrados blancos y negros o el por qué de la piedra bruta y la piedra tallada, con las herramientas para darles forma, dispuestas en distintos escalones. Recuerdo que cuando empecé a ver la luz, al serme retirada la venda de los ojos, instintivamente dirigí mi primera observación hacia el V.·.M.·., hacia el techo que estaba decorado como si del cielo se tratase y hacia los HH.·. que me rodeaban. Todas estas imágenes han quedado marcadas para la posteridad en mi mente y vienen una y otra vez a ella, especialmente cuando he tenido ocasión de presenciar otra iniciación. Cuando en la vida profana ves a un niño jugar con sus amigos, recuerdas inmediatamente que tú también hacías lo mismo a su edad y recuerdas a todos los amigos que entonces tenías.

¿Qué sentís cuando recordáis vuestra infancia? ¿Qué sensación os llena el corazón cuando habéis plantado una flor en un jardín y la veis por fin abrirse después de muchas semanas con su aroma y su belleza natural? Cuando habéis escrito un texto, no hace falta que sea un libro, para expresar algo que consideréis importante... ¿qué sentís? En mi caso, QQ.·HH.·. siento una profunda nostalgia. Soy de esas personas que piensa que, en la vida humana, cualquier tiempo pasado fue mejor, porque recuerdo haber tenido una infancia feliz, en la que valoraba todo porque no tenía nada pero me era dado por mi familia, porque recibí el mayor de regalos que un ser humano puede recibir, que es el amor, y porque mi madre y mis hermanos (y mi padre allí donde estuviere) cuidaron de mí. No sabéis cuánto daría por volver a ese momento, en el que todo lo que acontecía a mi alrededor me impresionaba, y creo que es el momento de mi vida en el que aprendí lo más importante de la misma, aquello que le recuerda el zorro al Principito en la obra de Antoine de Saint-Exupéry: "lo esencial es invisible a los ojos". Para comprender la verdadera naturaleza de las cosas, se tiene que ser fiel a la propia esencia humana y mirar las cosas desde el prisma de la infancia, guiándose uno por el corazón, por el amor fraternal.

QQ.·HH.·. hoy hace poco más de un año que emprendí un viaje en el que solo sé que partía de la más profunda de las oscuridades, sin nada que aportar y con mucho que aprender, en busca del Bien y guiado por mis propios pasos que, de forma perseverante he intentado mantener firmes, aunque he tenido muchos tropiezos. Sin embargo, he podido avanzar en medio del ruido, a través del bosque, escribiendo cada día una página nueva de este libro llamado Vida porque cada vez que he caído, mis QQ.·. HH.·. estaban allí para enderezarme y ayudarme a poder seguir caminando. Además, de la misma manera que los padres y los hermanos hacen en la vida profana, los HH.·. han cuidado para que la educación que pudiera recibir durante mi infancia me dotase de las herramientas necesarias para mi vida adulta, en la que me tendría que valer sin la familia. De este modo, en una muestra de gran fraternidad, me enseñaron con la rectitud de la escuadra la disciplina que es necesaria para que el árbol se enderece y me enseñaron a respetar las diferencias en los puntos de vista de las diferentes personas, sean HH.·. o no, ampliando el círculo de tolerancia que mi compás era capaz de dibujar. En la orientación por el camino del A.·., me enseñaron que el mejor método para comprender a los demás requiere como paso previo saber escuchar antes de hablar y, a la hora de comunicarse, tratar de pensar dos veces mejor que una (y tres mejor que dos) lo que uno debe decir.

En este punto, debo decir que uno de los mayores aprendizajes de mi infancia M.·. ha sido, sin lugar a dudas, alcanzar a comprender el valor del silencio. El silencio es una de las herramientas más útiles en M.·. (y fuera de ella) porque conduce a la reflexión. ¿Recordáis qué os decía en relación a la cámara de reflexión? El silencio se deja notar, pesa, existe, es palpable y es fuente de conocimiento y de sabiduría. Muchas veces es más importante el silencio que las palabras y en la mayoría de las ocasiones tiene un significado más profundo que cualquier expresión verbal. Permitidme que reproduzca un pequeño poema de alguien de sobras conocido por todos vosotros, QQ.·.HH.·., para acabar de ilustrar la importancia del silencio:

*Si ets capaç d'escoltar
com comença a sorgir
la llum de la nit
i com,
acoblada en matisos de gris,
esdevé acolorida i brillant,
és que pots veure el nom
de l'autor que ha posat
música i lletra al silenci.*

El querer escuchar a los demás, la voluntad de respetar las opiniones de los demás y la capacidad de poder extraer buenas conclusiones de este ejercicio es, sin lugar a dudas la mejor enseñanza que me llevo de mi infancia M.·. y que creo que cualquiera de nosotros podemos adquirir ya que, como veis, nos conducirá a saber quién ha puesto música y letra al autor de este silencio.

QQ.·.HH.·. dejadme que concluya esta reflexión que he querido compartir con vosotros sobre mi infancia M.·. confesándoos que tengo mis serias dudas de haber alcanzado el Bien, esa primera meta de mi camino hacia la cual me habían dicho que empezase a dirigir mis pasos. Creo que todavía me falta emplear más esa herramienta tan valiosa que es el silencio, para reflexionar más sobre mis opiniones, para empezar a ver con más nitidez la Luz a la que quiero acercarme con mi reflexión desde la oscuridad del bosque denso. Supongo que por este motivo cada vez que doy un paso más en el camino, el final sigue pareciéndome muy lejano, perdido por allá en el horizonte. Pero lo que sí que tengo claro es que quiero seguir por este camino hasta alcanzar el Bien e ir más allá. La semilla ya ha germinado y ha dado lugar a una planta cuya belleza les corresponde a los demás juzgar pero que en todo caso está deseosa de crecer con vigor y darse a conocer al resto de la humanidad para compartir su fruto con los demás, HH.·. o profanos, por igual. La fraternidad que he encontrado entre vosotros ha sido de gran ayuda para crecer, conocer y entender, pero ahora que me acerco a mi juventud deseo también que lo que he podido aprender pueda emplearlo más aún de lo que pueda haberlo hecho hasta ahora en contribuir a constituir una sociedad más justa y fraternal y, en todo caso, hacerlo siempre desde un pensamiento libre.

He dicho V.·.M.·.

Víctor Hugo